

SAN ISIDORO DE SEVILLA

Doctor de la Iglesia

**EL LIBRO 2º y 3º
DE LAS SENTENCIAS**

Introducción y traducción por

D. Juan Oteo Uruñuela, presbítero

Serie

Los Santos Padres

N.º 50

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-547-1991

I.S.B.N.: 84-7770-204-7

IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN

Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Naves 7 y 9, 41007 Sevilla

SAN ISIDORO DE SEVILLA
LIBRO SEGUNDO DE SENTENCIAS
CAPITULO I

De la Sabiduría

244. Todo el que es sabio según Dios es feliz. La vida feliz está en el conocimiento de la divinidad, el conocimiento de la divinidad es el poder del bien obrar y el poder del bien obrar es gozo de eternidad.

245. El que es sabio según el siglo es necio según Dios. De ahí que el Profeta (Jer., 10, 14; 51-17) dijo: *En necio paró todo hombre con su saber.*

246. El primer cuidado de la sabiduría es el buscar a Dios, y después de honestidad de la vida con obras inocentes.

247. Ninguno recibe de lleno la sabiduría de Dios, sino quien trabaja por separarse del cuidado de los negocios. Por lo cual está escrito (Eccli., 38, 25): *La sabiduría la adquiere el letrado en el tiempo que está libre de negocios; y el que tiene pocas ocupaciones, ése la adquiere.*

248. Quien conoce que no puede penetrar los secretos de Dios llega a la cumbre de una inteligencia no pequeña; mas entonces conocemos rectamente a Dios, cuando denegamos que le conocemos perfectamente.

249. Algunas veces conviene desconocer algo; pero la culpa más grande es la de quien desconoce a Dios.

250. El buscar la verdad es de muchos; el hallarla de pocos. Mas aquellas cosas que exceden la humana inteligencia no deben escudriñarse. Todo lo que está por encima de la capacidad del entendimiento

humano no ha de buscarse, sino que ha de tenerse como reservado al consejo divino, de tal modo que se tenga por justo lo que fuere del agrado de la voluntad divina. Porque no puede ser injusto lo que es del agrado del justo juez.

251. Toda sabiduría se compone de ciencia y de opinión. Empero la proveniente de la ciencia es mejor que no la sentencia fundada en opinión; porque aquella es verdadera, ésta dudosa.

252. De mayor cúmulo de culpa sirve el que uno sepa lo que debe seguir, no quiera seguirlo aunque lo conozca. Por esto dice el Señor (Luc. 12, 47): *Aquel siervo que, conociendo la voluntad de su amo, no la cumplió, justamente recibirá muchos azotes.* Y Santiago, IV, 7 dice: *Quien conoce el bien que debe hacer, y no lo hace, por lo mismo peca.*

253. La simplicidad con pereza se llama tontería; pero la sencillez con prudencia llámase sabiduría.

254. Util es saber mucho y vivir rectamente, pero si no podemos lograr ambas cosas, es mejor el cuidado de vivir bien que no el empeño de aprender mucho.

255. Para lograr la bienaventuranza no es necesaria la ciencia de las cosas, y no es ser feliz saber muchas cosas; mas es algo grande el vivir felizmente.

256. De nada aprovecha conocer toda la prudencia, si hay ignorancia de Dios; y en nada empece a quienes conocen a Dios el desconocimiento del mundo. Aunque perfectamente obra quien primero conoce a Dios y después estas cosas, no tanto por sí, cuanto por Dios.

257. Nada obsta si alguno en su simplicidad no entiende bien lo relacionado con los elementos, con tal empero que profese verdades acerca de Dios, pues aunque no se pueda disputar de lo incorpóreo ni de lo corpóreo, no obstante la buena vida con la fe hace dichoso.

CAPITULO II

De la Fe

258. No podemos alcanzar la verdadera felicidad sino mediante la fe; mas es feliz el que con rectitud de fe lleva una vida santa y que con vida santa conserva la rectitud de fe.

259. Cuando creemos en Dios, con razón le invocamos con solitud; por ello, entonces le tributamos perfecta alabanza cuando le invocamos con fe.

260. No sólo hay que dar crédito a lo que percibimos por los sentidos corporales, sino más todavía a lo que conocemos por la inteligencia, es decir, a Dios. Sin la fe nadie puede agradar a Dios (Heb. 11, 6): *Todo lo que no viene de la fe es pecado* (Rom. 14, 23).

261. La fe de ningún modo se impone por la fuerza, sino que se justifica con la razón y los ejemplos. Mas en aquellos a quienes se exige con violencia no puede perseverar. Sirva de ejemplo, como alguien dice, un árbol tierno, cuya copa, si uno la dobllega con violencia, luego, cuando la suelta, al punto vuelve a la posición en que se encontraba.

262. Como el hombre, por estar dotado de libre albedrío, voluntariamente se aparta de Dios, así, al creer, por propio impulso del alma, se vuelve de nuevo a Dios, para que reconozcamos la libertad de albedrío en la propia voluntad, y el favor de la gracia por haber aceptado la verdad de la fe.

263. Dios contempla la fe en el corazón, donde no pueden presentar excusas los hombres que de palabra fingen profesar la verdad, pero en su corazón persisten en la impiedad del error.

264. Como de nada aprovecha la fe que se mantiene de palabra, pero no se cree de corazón, así de nada ha de aprovechar la fe que se mantiene en el corazón, si no se pregona con palabras. En efecto, a

causa de esta fe recrimina a algunos el profeta cuando dice: *Ha perecido la fidelidad, ha desaparecido de su boca* (Jer. 7, 28). Pues la fe que se cree con el corazón, se proclama con la confesión de la boca para la salud (Rom. 10, 10).

265. La fe sin obras es infructuosa (Sant. 2, 20), y en vano se gloria de sola su fe quien no se adorna con las buenas obras.

266. El que carga con la cruz, debe también morir al mundo, porque llevar la cruz y morir es vencerse a sí mismo, pero llevarla y no morir revela el fingimiento de los hipócritas.

267. Los que gracias a la fe poseen el conocimiento de Dios y en sus obras andan a oscuras, siguen el ejemplo de Balaam, quien, fallando en las obras, mantuvo abiertos los ojos por la contemplación de la fe.

268. Los hombres carnales buscan la fe no como una virtud del alma, sino como un beneficio temporal. Por lo cual dice el Señor: *Me andáis buscando no porque visteis milagros, sino porque comisteis los panes* (Jn. 6, 26).

269. El mal cristiano, al no vivir según la doctrina evangélica, pierde fácilmente, tan pronto ha surgido la tentación, hasta la misma fe que profesa de palabra.

270. Muchos son cristianos sólo por la fe, pero con las obras contradicen la doctrina cristiana. Otros muchos no aman de corazón la fe cristiana; pero, movidos del respeto humano, fingen con hipocresía que la conservan; y así, los que no pueden declararse malos abiertamente, por el temor son tenidos falsamente por buenos.

271. Alguna vez, los amantes del mundo combaten en pro de la fe, y en verdad que benefician a otros; mas ellos, enredados en el amor terreno, no aspiran a lo celestial, sino que tan sólo de palabra abogan por la fe.

272. Algunos, en defensa de la fe, persiguen incluso a los herejes, pero desprecian con insolencia a los fieles que están en el seno de la Iglesia. Refutan, es cierto, a los enemigos de la fe a causa de la infidelidad, pero oprimen a los fieles con el peso de la soberbia.

CAPITULO III

De la Caridad

273. Aunque algunos dan la impresión de participar en la fe y en las buenas obras, con todo, por estar faltos de la caridad del amor fraterno, no consiguen ningún aumento de virtud. Ya que, como dice el Apóstol, *si entregare mi cuerpo al fuego, mas no tuviere caridad, de nada me aprovecha* (1 Cor. 13, 3).

274. Sin amor de caridad, por más que uno crea rectamente, no puede alcanzar la felicidad eterna, porque es tan grande la virtud de la caridad, que sin ella incluso el don de profecía y el martirio se valoran en nada.

275. Ningún premio vale por la caridad. En efecto, la caridad posee la primacía entre todas las virtudes. De ahí que el Apóstol llame a la caridad vínculo de perfección (Col. 3, 14), por cuanto todas las virtudes quedan sujetas con este lazo.

276. El amor de Dios, en frase de Salomón, se compara a la muerte: *Firme como la muerte es el amor* (Cant. 8, 6); pues como la muerte separa con violencia el alma del cuerpo, así también el amor de Dios aparta eficazmente al hombre del amor mundano y carnal.

277. No ama a Dios quien desprecia sus mandamientos, pues tampoco amamos a un rey si tenemos aversión a sus leyes.

278. Con los varones santos hay que mantener la unidad en la caridad; y en la medida en que uno se aparta del mundo, es preciso que se asocie a la compañía de los buenos.

279. La caridad consiste en el amor de Dios y del prójimo. Mas aquel conserva en su alma el amor de Dios que no se aparta del amor al prójimo. Quien se aparta de la comunidad fraterna queda privado de la participación del amor divino. No podrá amar a Dios quien sabemos falta en el amor al prójimo. Cristo es Dios y hombre. Por tanto, no ama a Cristo en su totalidad quien odia al hombre.

280. Corresponde a la discreción de los buenos no aborrecer las personas, sino los pecados; y no desdeñar como falsas, antes bien aprobar las cosas bien dichas.

281. Los que son imperfectos en el amor de Dios deciden con frecuencia dominar los vicios; pero, abrumados por el peso de éstos, incurrn de nuevo en aquellos defectos que desean eliminar.

CAPITULO IV

De la Esperanza

282. Los que no desisten de obrar el mal, con vana esperanza buscan el perdón de la misericordia divina, que debidamente tratarían de conseguir si abandonasen su mala conducta.

283. Es de temer en gran manera que, movidos por la esperanza del perdón que Dios ha prometido, continuemos pecando, o que desconfiemos del perdón, porque justamente castiga los pecados; más bien, soslayando ambos escollos, debemos apartarnos del mal y esperar el perdón de la divina misericordia. En efecto, todo justo resplandece por la esperanza y el temor, por cuanto ora la esperanza le dispone al gozo, ora el terror al infierno le impulsa al temor.

CAPITULO V

De la Gracia

284. Algunas veces Dios nos retira sus dones cuando pecamos a fin de que nuestro espíritu se alce con la esperanza del favor divino. Pues no puede desechar a uno que se ha arrepentido; a quien, mientras peca, le incita con sus beneficios a que retorne a El.

285. La nobleza del hombre no depende del poder humano. Pues, si no fuese Dios quien realiza en nosotros el esplendor de la buena obra, ¿por qué se afirma por boca del profeta: *Su obra es esplendor y magnificencia?* (Sal. 110, 3) Por El, en efecto, en virtud de su gracia preveniente, se nos concede a nosotros toda suerte de bienes, ya que no hemos practicado obra buena alguna por la que merezcamos recibir el brillo de la fe.

286. El progreso del hombre es un don de Dios. Y nadie puede mejorarse por sí mismo, sino con la ayuda de Dios. Pues tampoco posee el hombre bien alguno propio, ni está en su poder enderezar sus pasos, según atestigua el profeta: *Bien sé, Señor, que no está en la mano del hombre trazarse su camino; que no es dueño el hombre de caminar ni de dirigir sus pasos* (Jer. 10, 23).

287. Deben saber los defensores del libre albedrío que no po-

drán aventajarse en el bien con su propio valer de no ser sostenidos con la ayuda de la gracia divina. De ahí que el Señor diga por el profeta: *Tu ruina, Israel, procede de ti; sólo en mí hallarás la ayuda* (Os. 13, 9). Como si dijera: *Si pereces, es por tu culpa; si te salvas, es por mi ayuda.*

288. La gracia celeste no halla mérito en el hombre para venir a él, pero lo causa después que ha llegado; y así, al comunicarse a un alma indigna, produce en ella el mérito que ha de remunerar (Dios), quien antes sólo había encontrado materia de castigo. Porque ¿qué méritos tuvo aquel ladrón que de las fauces del diablo subió a la cruz, y de la cruz entró en el paraíso? El, ciertamente, era un reo y llegó manchado con la sangre del hermano; mas, por efecto de la gracia divina, se arrepintió en la cruz. Hemos de saber, pues, que en las obras hechas con rectitud, por un lado influye nuestra justicia, y por otro, la gracia de Dios, supuesto que la merezcamos, ya que ésta corresponde a Dios, que la otorga, y al hombre, que la recibe. Como decimos también *pan nuestro* al que, no obstante, esperamos recibir de Dios.

289. No a todos se reparte la gracia espiritual, sino sólo a los escogidos se concede. Porque la fe no es patrimonio de todos, y, aunque la reciban muchísimos, sin embargo, no consiguen éstos el fruto de la fe.

290. En la distribución de los dones, cada uno recibe gracias diversas de Dios; sin embargo, no se le conceden todas a uno solo, a fin de que sirva de estímulo de humildad lo que uno admira en el otro. En efecto, con la visión de Ezequiel (Cf. I, 5-9), donde las alas de los seres vivientes baten unas a las otras, se indican las virtudes de los santos, que mutuamente rivalizan en el afecto y que a la vez se instruyen con ejemplos recíprocos.

291. Los dones de las gracias, a uno se le otorgan de una clase, y a otro de otra. Ni se permite que uno los posea de tal suerte, que no necesite a otro.

292. Sin duda, puede suceder que aquellos a quienes otros aventajan por la excelencia de sus virtudes, a causa de una gracia preveniente de Dios repentina, aventajen a los otros en el fruto de la santidad, y, aunque han sido los últimos en la conversión, se sitúan de pronto los primeros en la cumbre de la virtud.

293. Cuando uno recibe algún don, no debe ambicionar más de lo que ha merecido, no sea que, por intentar apoderarse del cargo del

otro miembro, pierda el que mereció, ya que perturba toda la armonía del cuerpo quien, no contento con su cargo, subtrae el ajeno.

294. Los malos reciben los dones para su condenación, puesto que no los emplean para la gloria de Dios, sino para halagar su propia vanidad. Hacen mal uso de los bienes quienes emplean para usos torpes lo que Dios les ha concedido, como son el talento y los demás dones de Dios.

295. Disfrutamos de muchos dones de Dios que reconocemos haber recibido de El. Porque el ser inteligentes, el sentirnos poderosos, lo debemos no al favor de otro cualquiera, antes bien al de Dios. Hagamos, por tanto, excelente uso de los beneficios divinos, de modo que Dios no se arrepienta de haberlos otorgado y sea útil a nosotros haberlos recibido.

296. Decimos que Dios subtrae al hombre un don que éste nunca poseyó, en el sentido de que no mereció obtenerlo. Como también decimos que Dios endurece al hombre, no porque cause su insensibilidad, sino porque no suprime la que el propio hombre se procuró. Ni de modo distinto afirmamos que Dios ciega a algunos, no porque El mismo cause en ellos su propia ceguera, sino porque, a causa de sus vanos merecimientos, no aparta de ellos su obcecación.

297. A muchos se les conceden los dones de Dios, pero no la perseverancia en el don. De donde resulta que algunos tienen los comienzos de una buena conversión, pero acaban con un final desdichado. Los elegidos, en cambio, reciben tanto el don de la conversión como la perseverancia en él. Este es el motivo porque algunos comienzan bien y terminan felizmente.

CAPITULO VI

De la Predestinación

298. Doble es la predestinación: la de los elegidos, para el descanso, y la de los réprobos, para la muerte. Una y otra están dispuestas por el juicio divino de tal modo, que éste mueva siempre a los elegidos a seguir los impulsos celestes y espirituales y permita que los réprobos, abandonados a su suerte, se deleiten siempre con los goces más bajos y superficiales.

299. Como ignora el hombre el límite de separación entre la luz y las tinieblas o cuál sea el término de uno y otro concepto, así, con mayor razón, desconoce quién antes de morir está preparado con la luz de la gracia, o quién queda ofuscado hasta el final en las tinieblas del pecado, o quién, tras caer en las tinieblas, arrepentido, renace a la luz. Todo esto es manifiesto a Dios, pero oculto para el hombre.

300. Aunque la conducta de los justos en esta vida sea digna de aprobación, sin embargo, a los hombres les es desconocido el fin a que están predestinados, pues todo queda reservado para el juicio futuro.

301. Sorprendente es la forma de la ordenación celeste, por la que en esta vida el justo se santifica más y el impío, en cambio, se envilece más (Ap. 22, 11); unas veces, el malo se encamina al bien, y otras, el bueno se desvía hacia el mal. Quiere uno ser bueno, y no puede lograrlo; quiere otro ser malo, y no se le permite sucumbir. A este que lo desea se le concede ser bueno; aquel otro ni quiere ni se le concede ser bueno. Este nace en el error y muere; aquél persevera hasta el fin en el bien en que comenzó. Este se mantiene en pie todo el tiempo hasta que sucumbe; aquel otro, tras vivir largo tiempo en el vicio, a la postre se salva, y realiza la conversión al ser favorecido.

302. El justo quiere adelantar en la virtud, y no logra imponerse; el malvado quiere dañar, y lo consigue. Este quiere consagrarse a Dios, y se lo impide el mundo; aquél verse envuelto en negocios, y no consigue su empeño.

303. El malo se impone al bueno; al bueno se le condena como impío, y el impío es honrado como justo. Y, en medio de una oscuridad tan grande, no puede el hombre sondear la disposición divina ni sopesar el misterioso orden de la predestinación.

CAPITULO VII

De los Conversos

304. Se promete la recompensa no a los que comienzan, sino a los que perseveran, según está escrito: *El que permaneciere hasta el fin, éste será salvo* (Mt. 10, 22; 24, 13).

305. Porque entonces agrada a Dios nuestra conversión cuando, perseverantes hasta el fin, dejamos ultimado el bien que comenzamos; pues, conforme está escrito, *¡ay de aquellos que perdieron la paciencia!* (Eclo. 2, 16), es decir, que no consumaron la obra buena.

306. Debe saberse dónde, cuándo y a quiénes se otorga el perdón de los pecados. ¿Dónde, ciertamente, sino en la Iglesia católica? ¿Cuándo sino antes del día del término futuro de la vida? Porque, *mirad, ahora es tiempo favorable; mirad, ahora es día de salud* (2 Cor. 6, 2). Y ¿a quiénes sino a los conversos, que, en aras de la humildad, vienen a imitar a los niños? Acerca de los cuales se dice: *Porque de ellos es el reino de los cielos* (Mt. 19, 14).

307. Nadie puede sopesar cuánta gravedad tenga la injusticia y con qué rayos de luz brilla la justicia, sino el que previamente se convierte a Dios con toda la fuerza de su alma, hasta el punto de reconocer con la claridad que le ilumina su propia fealdad y saber apreciar la luz que no podía contemplar en su ofuscado corazón.

308. Mas entonces se puede entender la incomprensible justicia divina cuando cada uno de los conversos intente tomarla por guía, puesto que la luz sólo se la entiende cuando se la ve.

309. El juicio que está en poder del hombre es la gracia de la conversión, merced a la cual nos condenamos a nosotros mismos cuando, arrepentidos, expiamos nuestras culpas y nos adherimos con mayor firmeza al bien que Dios nos depara.

310. El progreso de cada converso se presenta dividido en tres etapas, a saber: la primera, enmendarse del mal; la segunda, practicar el bien; la tercera, conseguir el premio de la obra buena. En efecto, la frase del profeta: *Desata los haces opresores*, significa la enmienda del mal; y lo que añade: *Parte tu pan con el hambriento*, expresa la ejecución de la buena obra; mas con aquello que agrega: *Entonces brotará tu luz como la aurora* (Is. 58, 6-8), indica la recompensa de la bella acción. Por tanto, no aprovecha obrar el bien si no se ha corregido el mal, ni podrá uno hacer progresos en la contemplación de Dios si de antemano no procura ejercitarse en las buenas obras.

311. De muchos modos atemoriza Dios a los hombres para que, aunque tarde, se conviertan y sientan mayor vergüenza por el hecho de haber sido esperado su retorno durante tanto tiempo. Pues a algunos los conmueve ora con amenazas, ora con infortunios, ora con revelaciones, a fin de que se enmienden, estremecidos de terror, los que rehúyen convertirse voluntariamente.

312. Muchos se convierten a Dios por puro fervor del alma; pero algunos que no se convertían por devoción, lo hacen impulsados por los castigos. conforme al versículo del Salmo que dice: ... *con la brida y el freno has de sujetar la quijada de los que no se acercan a mí* (31, 9).

313. Pero muchos, en tanto que no se convierten por devoción, son sacudidos por el estímulo del castigo, los cuales, sin embargo, ni siquiera en poder del látigo se dan cuenta que deben corregirse de algún modo, al igual que Egipto, que sufre los castigos y no quiere enmendarse. Acerca de éstos dice el profeta: *Los has castigado, y no se han dolido; los destruiste, pero rehusaron aceptar la corrección* (Jer. 5, 3).

314. Algunos varones mundanos que andaban hinchados por su arrogancia, después que se han convertido a Dios, siguen a Cristo con escrupulosa obediencia; y así, los que antes rebosaban orgullo por la grandeza mundana, luego mudan la soberbia por el afán de humildad.

315. Los hay que en secreto ya se han convertido, pero en la apreciación mundana son considerados todavía cuales fueron, porque su conversión no ha trascendido al público; con todo, ya han resucitado a los ojos de Dios. Otros, en cambio, dan la impresión, a juicio de los hombres, que están todavía en pie, pero ya han sucumbido a los ojos de Dios.

316. Muchos, en opinión de los hombres, son réprobos, mas para Dios elegidos; y, viceversa, a muchos les consideran elegidos los hombres, y son réprobos a juicio de Dios, según dice Salomón: *Vi a impíos sepultados que mientras todavía vivían estaban en lugar santo y eran alabados en la ciudad cual si sus obras fueran justas* (Ecl. 8, 10). Por tanto, que nadie se crea justo, no suceda que esté reprobado ante Dios.

CAPITULO VIII

De los principios de los conversos

317. Triple es el modo de la conversión a Dios: al comienzo, con placer; en la etapa media, con esfuerzo, y en la culminación, con reposo. A menudo, sin embargo, unos empiezan con el placer, pero otros con la amargura de las tentaciones.

318. Todo converso debe comenzar primero por dolerse de sus pecados, y de este modo concebir el deseo de los bienes celestes. Porque antes que nada debemos borrar con lágrimas los delitos cometidos, y entonces, pura la mirada del alma, contemplaremos lo que deseamos; de modo que atendamos libremente a las cosas del cielo, ya purificada la luz del corazón, una vez que con el llanto previo hemos disipado las tinieblas del pecado.

319. Primero es necesario convertirse a Dios partiendo del temor, a fin de que, por el miedo al castigo futuro, se dominen los halagos de la carne. Luego, una vez desechado el temor, conviene pasar al amor de la vida eterna. *El perfecto amor lanza afuera el temor* (I Jn. 4, 18), pues el que teme mira al castigo y no es perfecto. Por donde dice el Apóstol: *Pues no recibisteis espíritu de esclavitud para reincidir de nuevo en el temor, antes recibisteis espíritu de filiación adoptiva* (Rom. 8, 15), gracias al cual, sin duda, ya no oprime a los siervos la pena del pecado, sino que los hace libres el amor a la justicia.

320. Es preciso que todo converso, tras el temor, procure elevarse hasta el amor de Dios, como un hijo, y que no esté siempre abatido por el temor, cual un siervo. Porque entonces mostramos el celo por nuestra conversión si nuevamente amamos, como a un padre, a quien antes justamente temíamos, como a un señor, con espíritu servil.

321. Los conversos deben afirmar sus primeros pasos de manera suave, no suceda que, si empiezan con aspereza, atemorizados, vuelvan a las anteriores culpas, pues quien educa sin dulzura a un converso, logra irritarle más que corregirle.

322. Todo converso debe primeramente enmendar sus obras, y luego los pensamientos, de suerte que primero reprima la mala acción, después la inclinación pecaminosa, para que la malicia, que ya no existe en la obra, no perdure tampoco en el pensamiento.

323. Toda nueva conversión lleva todavía consigo resabios de la vida anterior, por lo cual una tal virtud no debe presentarse a la consideración humana hasta que la antigua conducta sea extirpada del ánimo de raíz.

324. Cualquiera que de malo que era empieza ya a ser mejor, procure no engreírse por la virtud conseguida, no sea que por vana gloria incurra en un estado más deplorable que aquel en que antes se encontraba al sucumbir en el vicio.

CAPITULO IX

De la lucha de los conversos

325. Todo converso que desee hollar pronto cualquier incentivo carnal y se esfuerce en ascender a la cumbre de las virtudes, no debe abatirse si acaso sufre todavía alguna contrariedad por las molestias de la carne, porque el dador de los bienes sabe contrarrestar la oposición del vicio con el antídoto de la virtud.

326. Entonces cada uno conoce que está más abrumado por la fuerza del vicio cuando ha llegado al conocimiento de Dios, a la manera como el pueblo de Israel era agobiado por los egipcios con un peso mayor cuando Moisés le descubría el conocimiento de Dios.

327. En efecto, los vicios, antes de la conversión, mantienen con el hombre una especie de alianza; mas, cuando se le extirpa, se alzan con una fuerza más impetuosa. Así, pues, resulta hostil al converso lo que dulcemente le lisonjeaba cuando era pecador; y, al contrario, resulta propicio al converso lo que, siendo pecador, le era contrario.

328. El siervo de Dios sufre numerosas dificultades por el recuerdo de las acciones pasadas; y muchos después de la conversión, contra su voluntad, tienen que soportar aún el incentivo de la pasión; mas esto no lo sufren para su condena, sino para su estímulo, a saber, para que tengan siempre, a fin de sacudir su inercia, un enemigo a quien resistir, con tal que no consientan. Por donde conocen los siervos de Dios que ellos ciertamente han sido purificados de sus pecados, pero que, no obstante, se ven todavía atormentados por las molestias de torpes pensamientos.

329. A la conversión precede la multitud de los pecados; tras la conversión sigue un gran número de tentaciones. Aquéllos se oponen a que nos convirtamos a Dios; éstas se interponen para que no contemplemos a Dios con la franca mirada del corazón. La perturbación originada de una y otra parte engendra en nosotros el desconcierto y a menudo impide nuestra atención con muy diversos engaños.

330. Es útil al siervo de Dios que sea tentado después de la conversión, a fin de que del abandono negligente, a impulso de los vicios, pase a disponer su ánimo para las virtudes mediante la lucha contra el pecado.

CAPITULO X

De la tibieza de la conversión

331. Una conversión defectuosa lleva a muchos a los errores pasados y les echa a perder para el resto de su vida. El ejemplo de éstos debe, pues, evitarlo todo converso, no sea que, por empezar con desidia el servicio de Dios, se halle de nuevo implicado en los extravíos mundanos.

332. El que es negligente en su conversión, no se da cuenta que las palabras ociosas y los pensamientos vanos son perjudiciales, porque, si vigilase su desidia espiritual, al punto temería como horrendo y atroz aquello que consideraba sin importancia.

333. En toda obra buena hay que temer el fraude y la desidia. Cometemos fraude con Dios cuantas veces, a causa de nuestras buenas obras, nos alabamos a nosotros mismos y no a Dios. Y practicamos la desidia siempre que por abandono realizamos negligentemente las obras de Dios.

334. Toda profesión de este mundo tiene cultivadores celosos y resueltos a ponerla en práctica; y esto es lógico que suceda, porque tienen presente la recompensa de su trabajo. Mas el arte del divino servicio tiene muchos discípulos negligentes, tibios, endurecidos por la inercia de su pereza; y esto acontece por cuanto su labor no se ordena a una recompensa en esta vida, sino en la futura. Así, pues, dado que la retribución del salario no alcanza en seguida a su trabajo, languidecen casi perdida la esperanza. De ahí que una brillante gloria aguarde a aquellos que llevan a término, con un resultado más positivo, los principios de la conversión de una vida ejemplar y que con tanta mayor brillantez se disponen a merecer el premio cuanto con mayor firmeza comienzan y llevan a término los trabajos del arduo peregrinar.

335. Algunos, en el fervor primero de la conversión, se aplican a las virtudes; mas, cuando van progresando, se aplican con tanto exceso a los asuntos terrenos, que se ennegrecen con el polvo del apetito más vil; por lo que el Señor dice acerca de las simientes: *El sembrado entre espinas es el que oye la palabra de Dios y, a causa de las preocupaciones mundanas o de la seducción de las riquezas, ahoga la palabra, y resulta infructuoso* (Lc. 8, 14; Mt. 13, 22).

336. Los recién convertidos no deben ocuparse de asuntos mate-

riales. Porque, si se enredan con ellos, al punto, cual arbolillos plantados, que todavía no tienen solidez en su raíz, son sacudidos a la vez que aridecen.

337. A veces aprovecha a los conversos, para la salud del alma, el cambio de lugar, pues a menudo, con el cambio de lugar, se muda también el afecto del alma. Por ello, es conveniente ser arrancado, incluso corporalmente, del sitio donde uno se entregó a los placeres, ya que el lugar en que uno vivió disolutamente trae a la consideración de su mente todo aquello que él continuamente pensó y realizó.

CAPITULO XI

De los ejemplos de los Santos

338. En orden a la conversión y enmienda de los mortales, aprovechan en gran manera los ejemplos de los santos, pues las costumbres de los incipientes no pueden perfeccionarse en el bien vivir de no ser modeladas a ejemplo de los maestros de la perfección.

339. Mas los réprobos no atienden las lecciones de los buenos para imitarlas en orden a mejorarse, sino que se proponen los ejemplos de los malos, que les sirven para empeorar en la corrupción de sus costumbres.

340. Las caídas y la penitencia de los santos se narran por esta finalidad: para que infundan a los hombres la confianza de la salvación, a fin de que nadie, después de la caída, desconfíe del perdón, si practica la penitencia, cuando ve que también la recuperación de los santos tuvo lugar después de la caída.

341. Deben conocer los que están entregados al vicio cuán útilmente para ellos se les proponen los ejemplos de los santos; a saber, o bien para que tengan modelos que imitar en orden a la enmienda, o por lo menos para que, al compararse con éstos, experimenten un castigo más duro por su desobediencia.

342. Dios ha propuesto las virtudes de los santos para ejemplo nuestro con este fin: para que de la misma manera que, si les imitamos, podemos conseguir los premios de la justicia, así también, si persistimos en el mal, tendremos castigos más dolorosos.

343. Porque, si faltasen, como estímulo para el bien, los precep-

tos divinos que nos lo muestran, no bastarían como orientación los ejemplos de los santos. En cambio, puesto que Dios nos amonesta con sus preceptos y nos propone ejemplos de bella conducta en la vida de los santos, no tenemos ya excusa de nuestro pecado, puesto que todos los días la ley de Dios resuena en nuestros oídos y conmueven lo íntimo de nuestro corazón los testimonios de santas obras.

344. Y si a menudo hemos seguido los ejemplos de los malos, ¿por qué no hemos de imitar las acciones de los santos, encomiables y gratas a Dios? Y si fuimos capaces de imitar en el vicio a los perversos, ¿por qué somos negligentes en seguir a los justos por la senda del bien?

345. Hemos de suplicar a Dios, a fin de que las virtudes que preparó a los santos para su corona, nos sean ofrecidas para beneficio nuestro, no para castigo. Mas aprovecharán para nuestro bien si nos decidimos a imitar tan grandes ejemplos de virtud. En cambio, si los rechazáramos en lugar de imitarlos, servirán para nuestra condena, porque, a pesar de conocerlos, rehusamos ponerlos en práctica.

346. Muchos imitan la vida de los santos, y (así) de la conducta de otro toman el modelo de virtud, como cuando se propone un retrato, y a semejanza de él se obtiene el dibujo. Así resulta parecido al modelo quien vive a semejanza de él.

347. Quien imita a un varón santo es como si contemplase un ejemplar y se mirase en él como en un espejo, con el fin de aportar cuanto de virtud reconoce que le falta. Porque el hombre se analiza peor cuando lo hace personalmente; pero, cuando contempla a otro, corrige el defecto de luz.

348. Es propio de varones ya perfectos obrar la justicia no a imitación de un santo cualquiera, sino contemplando la misma Verdad, a cuya imagen han sido creados. Esto indica la frase: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza* (Gén. 1, 26), porque al conocerla imita la propia divinidad, a cuya imagen ha sido creado. Así, pues, este tal es tan perfecto, que no necesita del hombre como guía para la santidad, sino que, mediante su contemplación, imita la propia santidad.

349. Los ejemplos de los santos, que edifican al hombre, hacen que las distintas virtudes revistan un carácter sagrado: la humildad, por Cristo; la devoción, por Pedro; la caridad, por Juan; la obediencia, por Abraham; la paciencia, por Isaac; el sufrimiento, por Jacob; la mansedumbre, por Moisés; la constancia, por Josué; la benignidad,

por Samuel; la misericordia, por David; la templanza, por Daniel; y así, en las restantes virtudes de los justos que nos precedieron, el varón santo considera, al imitarlas, el esfuerzo, la moderación, la rectitud y el espíritu de penitencia con que se practicaron.

CAPITULO XII

De la compunción del corazón

350. La compunción del corazón es el sentimiento de humildad del alma acompañado de lágrimas que brota del recuerdo de los pecados y del temor al juicio.

351. El sentimiento de compunción más perfecto en los conversos es aquel que aparta de sí todo afecto a los deseos de la carne y que fija la atención, con toda la intensidad del alma, en la contemplación de Dios.

352. Doble es la compunción con que el ánimo de cualquier elegido se duele por amor a Dios; esto es: una, cuando reconoce la malicia de sus obras; otra, cuando suspira por el deseo de vida eterna.

353. De cuatro clases son los sentimientos que mueven a compunción el alma del justo con dolor saludable; a saber: la conciencia de los delitos pasados, el recuerdo de las penas futuras, el pensamiento de su peregrinar a lo largo de esta vida, el deseo de la patria celeste, con la decisión de llegar a ella cuanto antes.

354. Cualquiera que por el recuerdo de los pecados se aflige hasta lamentarse, debe saber que entonces le asiste la presencia de Dios cuando le avergüenza interiormente aquello que recuerda haber cometido, y, al arrepentirse, ya lo castiga en su conciencia. En efecto, Pedro lloró en el momento en que le miró Cristo (Lc. 22, 61). Por lo cual dice el salmo: *Miró, y la tierra se conmovió y tembló* (Sal. 17, 8; 103, 32; 76, 19).

355. El paso de Dios constituye una fuerza interior en el corazón del hombre merced a la cual brotan los buenos deseos a fin de destruir los malos. Así, pues, cuando surgen en el corazón humano estos deseos, hemos de saber que entonces Dios asiste con su gracia al corazón humano. Por tanto, entonces debe el hombre excitarse más a la compunción cuando se da cuenta que Dios opera en su interior.

356. De qué modo el alma del varón justo se vea afectada por la verdadera compunción y cuán debilitada vuelva por la grandeza de la luz que contempló, puede saberlo aquel que experimentó ya algo de ello.

357. Los hay que se constituyen en sus acusadores no a causa de la verdadera compunción del corazón, sino tan sólo reconocen que son pecadores por este motivo: para encontrar un lugar en la santidad merced a la falsa humildad en confesarlo.

CAPITULO XIII

De la confesión de los pecados y la penitencia

358. Cada uno comienza a ser justo desde el momento en que se constituye en su acusador. Muchos, por el contrario, se reconocen pecadores, y, sin embargo, no se apartan del pecado.

359. Es ya una gran parte de la justicia que el hombre conozca que es malo, para que, desde el momento en que reconoce su flaqueza, se someta con más docilidad al poder divino.

360. El justo se juzga rectamente en esta vida para que Dios no le sentencie a eterna condena. Mas entonces uno se aplica a sí mismo el juicio cuando, mediante la adecuada penitencia, condena su mala conducta.

361. La aflicción que causa la penitencia mueve al ánimo a examinar con más perspicacia sus actos y a recordar con lágrimas los dones divinos que menospreció, pues nada hay peor que reconocer la culpa y no llorarla con amargura.

362. Todo pecador tiene un doble motivo de llanto en su arrepentimiento: sea porque no obró el bien a causa de la desidia, sea porque consumó el mal con osadía. Es decir, no realizó lo que debía y llevó a término lo que no debió realizar.

363. Practica una penitencia adecuada quien se duele de su culpa mediante una justa reparación; a saber, condenando y lamentando lo que hizo con un llanto tanto más copioso cuanto más predispuerto se manifestó a pecar.

364. Practica una penitencia adecuada quien de tal suerte deplo-
ra las culpas pasadas, que ya no las comete en el futuro, pues el que

llora su pecado y de nuevo le da entrada, se asemeja a uno que lava un adobe, que cuanto más lo limpia, tanto más lodo produce.

365. Aun cuando uno sea pecador e impío, si se acoge a la penitencia, hay confianza de que pueda conseguir el perdón.

366. Nadie pone en duda la bondad de Dios, pero sola la malicia de los que reciben su favor rehúsa se les conceda el perdón.

367. Tan sólo en esta vida está a nuestro alcance la libertad de arrepentirnos; mas después de la muerte sabemos que no hay posibilidad alguna de enmienda. Por lo que dice el Señor: *Es preciso que obre yo las obras del que me envió mientras es de día; viene la noche, en que nadie puede trabajar* (Jn. 9, 4). De aquí que afirme el profeta: *Dad gloria al Señor, vuestro Dios, antes que se haga obscuro* (Jer. 13, 16); es decir, antes que se nos anticipe la muerte eterna. Mientras estéis en esta vida, glorificad a Dios con la penitencia.

368. La misericordia de Dios viene en auxilio de los que todavía en este mundo practican la penitencia. Mas en la vida futura ya no estamos para obrar, sino para dar cuenta de nuestras obras.

369. A menudo, los malvados empeoran, porque la paciencia de Dios les concede tiempo para la enmienda, plazo que ellos no aprovechan para arrepentirse, sino que lo emplean para pecar con osadía. Pero anda de mal en peor quien transforma en licencia para el vicio el tiempo concedido para arrepentirse.

370. Cada uno, mientras puede, debe acelerar su marcha hacia Dios con la penitencia, no suceda que, si no quiere mientras puede, no pueda conseguirlo en absoluto cuando tardíamente lo intentare. Por ello dice el profeta: *Buscad al Señor mientras puede ser hallado, llamadlo en tanto que está cerca* (Is. 55, 6). Y ¿dónde puede ser hallado sino en esta vida, en la que está todavía cerca de todos cuantos le invocan? Porque entonces, cuando dijere: *Id al fuego eterno* (Mt. 25, 41), estará ya lejos. Pues ahora no se ve, y está cerca; entonces se verá, y no estará cerca, ya que se podrá ver, pero no podrá ser hallado.

371. Si, cuando uno puede pecar, hace penitencia y en vida purifica su conducta de todo pecado, no hay duda que al morir alcanzará el descanso eterno.

372. Mas quien, entregado al vicio, hace penitencia en el trance de la muerte, como es incierta su condena, así es problemática su absolución. Por tanto, quien desee estar seguro del perdón al morir, haga penitencia estando sano, y así deplora los crímenes cometidos.

373. Hay algunos que en seguida prometen seguridad a los penitentes, a los cuales dice certeramente el profeta: *Procuran con afrenta la contrición de la hija de mi pueblo, diciendo: ¡Paz, paz!, cuando no hay paz.* Así, pues, procura la contrición con afrenta quien ofrece seguridad a quien peca y no se arrepiente como debe. Por ello prosigue (el profeta): *Han sido confundidos por haber obrado la abominación* (Jer. 6, 14 s.); es decir, han sido confundidos no por hacer penitencia, sino por sufrir el castigo.

374. Porque de distinta manera están confusos el reo ante el juez mientras se le reprende y el que se corrige avergonzado por su mala acción. Pues aquél está confuso porque ha sido reprendido, éste porque tiene conciencia de haber obrado mal.

375. Si es cierto que mediante la penitencia se consigue la expiación de los pecados, con todo, el hombre no debe vivir sin temor, porque la satisfacción que depara la penitencia la valora sólo el juicio divino, no el humano. En consecuencia, dado que el perdón de Dios no se da a conocer, es preciso dolerse sin cesar; ni tampoco conviene que el penitente tenga jamás seguridad de su arrepentimiento, ya que la seguridad engendra el descuido, y éste con frecuencia hace que el incauto vuelva a los vicios pasados.

376. Una vez que, gracias a la penitencia, se han desterrado del hombre los vicios, si acaso después de esto, al interponerse la seguridad, se insinúa algún pecado, al punto los antiguos placeres del vicio penetran con más avidez en el alma y, perturbando al hombre, le arrastran con mayor fuerza a los actos inveterados, de suerte que la situación última de éste resulta peor que la primera (Lc. 11, 26).

CAPITULO XIV

De la desesperación de los que pecan

377. No por recorrer las distancias entre los lugares, sino mediante los deseos buenos o malos, nos aproximamos o nos apartamos de Dios, ya que no es por el movimiento de los pies, sino por la moralidad de nuestras costumbres, como nos alejamos o nos acercamos a Dios.

378. Cometer un crimen cualquiera significa la muerte del alma;

despreciar la penitencia y persistir en la culpa supone caer en el infierno después de la muerte. Por tanto, pecar significa la muerte, y perder la esperanza, caer en el infierno. de ahí que diga la Escritura: *El impío, al caer en el abismo de la maldad, siente desprecio* (Prov. 18, 3).

379. A menudo, el diablo induce a la desesperación a aquellos que ve se convierten a la penitencia tras haberles impresionado con la enormidad de sus crímenes, a fin de que, una vez han perdido la esperanza del perdón, lleve a la desconfianza a los que no pudo mantener constantemente en el pecado. Mas el penitente previsor debe anticiparse a las astutas asechanzas que el enemigo trama contra él y de tal suerte temer la justicia de Dios, que, aunque consciente de graves culpas, tenga confianza en su misericordia.

380. Dios se complace más en el alma que, perdida la esperanza, al fin se convierte, que en aquella que nunca se perdió. Así aconteció con el hijo pródigo, que estaba muerto, yrevivió, que estaba perdido, y fue hallado, cuyo retorno produjo gran regocijo en el padre.

381. No de otra suerte, en presencia de Dios y de los ángeles, hay un gozo más intenso por aquel que se libra del peligro de pecar que por el otro que nunca conoció el peligro. Pues cuanto más nos entristece el objeto perdido, tanto más nos alegra al ser encontrado. Así, en el Evangelio desborda de júbilo el pastor aquel que gozoso vuelve a poner sobre sus hombros la oveja perdida que ha encontrado.

382. Nadie debe desconfiar enteramente del perdón aunque se convierta a la penitencia al final de sus días, porque Dios juzga a cada uno por su fin, no por su vida anterior... Y esto, que el hombre es por su fin, nos lo enseña un texto de la Ley, cuando Dios mandó que por el primogénito del asno le fuese ofrecida una oveja: que es decir, que la inmundicia de la vida anterior ha de mudarse en la inocencia de una buena muerte. Por eso también se manda ofrecer como hostia la cola, que es lo último de la vida como penitencia.

383. Muchos, iluminados de gracia sobrenatural, al cabo de la vida se convierten a Dios por la penitencia, y todo lo malo que hicieron, lo pagan con diarias lágrimas, y mudan en obras buenas las malas que hicieron. A estos tales en justicia se perdona todo cuanto faltaron, porque ellos, arrepintiéndose, reconocen lo que mal hicieron.

384. En la vida del hombre ha de buscarse el fin: porque Dios no mira como hayamos vivido antes, sino como somos al fin de la vida.

CAPITULO XV

De los abandonados de Dios

385. Si Dios deja, nadie se arrepiente; si Dios mira, cada uno ve y llora sus males y piensa de donde ha caído. Porque algunos hay tan dejados de Dios que, aunque quieran, no pueden llorar sus males.

386. Consejo de los espíritus inmundos es éste: que ya que a ellos les fue negado volver a justificarse después de la prevaricación, desean cerrar a los hombres la puerta de la penitencia, para que ni éstos se vuelvan a Dios, y se esfuerzan para tener por compañeros en la perdición a los que con mi fraudes solicitan para que o sean abandonados de Dios, o desesperen por la enormidad del castigo.

387. Es para gemir continuamente y para llorar, dejada aparte la seguridad: no sea que el hombre se vea abandonado por justo y secreto juicio de Dios, y el que ha de perderse quede en poder de los demonios. Porque en realidad a quien abandona Dios, lo reciben los demonios.

388. Los quebrantadores del mandamiento del Señor, al punto que se apartan de Dios, se ven ocupados de los espíritus malignos, que les persuadan además a obrar mal. De esto es el dicho profético: *“A los enemigos de Dios persiguen las tinieblas”* (Nah. I, 8), entendiéndose los demonios. Y en su Salmo (77, 9) se lee: *“Descargó sobre ellos la cólera de su enojo... que les envió por medio de ángeles malos”*.,

389. Algunos de los réprobos por oculto y justísimo juicio de Dios están entregados en poder de los demonios. Es Isaías quien atestigua: *El mismo echóles la suerte, y su mano se la dividió a medida, y la poseerán para siempre* (Is. 34, 17).

340. Algunos de los escogidos, por justicia divina, son dejados caer en el error del pecado; pero no obstante, reducidos por la misericordia, otra vez se convierten. De estos tales habla el Señor por un Profeta: *Y lo perdoné y lo reduje y le di consolación* (Is. 57, 18).

341. Y porque algunas veces Dios volviendo al hombre que había abandonado, le visita otra vez afligiéndole, y le limpia de los pecados por los lamentos, lágrimas y afectos de penitencia, según dice Job (10, 16): *Y me aprisionará por la soberbia como a la leona, y volverás a atormentarme de un modo maravilloso*. Porque volviendo Dios atormenta al hombre cuando de nuevo visita, azotando al que había abandonado al pecar.

392. De ninguna manera hemos de provocar la ira del cielo contra nosotros con obras males; antes bien, si arrepintiéndonos hiciéremos obras aceptas a Dios, mudaremos en clemencia su severidad. Pues quien nos tolera siendo malos, no hay duda que perdonará con clemencia a los conversos. Porque que se nos aguarda para hacer penitencia, de modo que no seamos juntamente arrollados por una muerte arrebatada, sino que se nos de tiempo de satisfacer, todo esto es don que procede de la clemencia de Dios, a fin de no condenarnos cruelmente, sino de esperarnos paciente a que nos arrepintamos.

CAPITULO XVI

De los reincidentes después de la conversión

393. Burlador es, no penitente, quien pone aún por obra aquello de que hace penitencia, y no parece que sumiso a Dios pida, sino que con soberbia le desprecia, insultándole. (Dist. 3 de Poenit. a Gratiano).

394. Como *el perro que vuelve a lo que ha vomitado* (Prov. 26, 2) es el penitente que vuelve al pecado. Porque hay muchos que derraman lágrimas sin cesar, y que no desisten de pecar. Consta que algunos reciben lágrimas de penitencia y no tienen el efecto de la penitencia, porque por inconstancia del ánimo ya derraman lágrimas por el recuerdo del pecado, ya reviviendo el hábito, de nuevo cometen los pecados que habían llorado.

395. Quien quiere de una parte llorar lo pasado y de otra descansar en las obras del siglo, este tal no tiene purificación, porque todavía pone en práctica lo que pueda llorar al arrepentirse.

396. Isaías dice a los pecadores: *Lavaos, purificaos*. Mas se lava y está purificado el que no sólo llora lo pasado, sino que también no vuelve a admitir lo que debe llorarse. Por tanto se lava, pero no se purifica, quien llora lo que hizo y no lo deja, y después de las lágrimas repite otra vez los pecados que había llorado. Y también en otro lugar reprende la palabra divina al alma que se arrepiente y que delinque de nuevo, al decir (Jer. I, 36): *¡Oh, y cómo te has hecho vil hasta lo sumo volviendo a tus malos pasos!* Por tanto, cualquiera que llora las culpas pasadas ha de observar esta norma: de tal modo llorar lo pasado que no cometa lo que se deba llorar de nuevo.

Y ¡ay de mí, miserable Isidoro, que negligente descuido el arrepentirme de lo anteriormente hecho y cometo aún delitos de que debo arrepentirme!

CAPITULO XVII

Del pecado

397. El pecado se comete por uno de dos motivos: o en fuerza de la concupiscente pasión, o en razón del miedo y temor; como cuando uno pretende alcanzar lo que desea o cuanto teme, que le sobrevenga lo que temió.

398. De cuatro modos se comete pecado en el corazón y de cuatro se perpetra por obra. De corazón: por la sugestión de los demonios, por el deleite de la carne, por el consentimiento del alma, por la justificación de la soberbia. De obra: unas veces a escondidas, otras públicamente, unas por costumbre, otras por desesperación. Por estos grados pues se delinque con el corazón y se perpetra por obra el pecado.

399. Tres son los móviles del pecado cometido, o la ignorancia, o la flaqueza, o la malicia; pero con diverso peligro de penas. Porque la ignorancia fue la que ocasionó el pecado de Eva en el paraíso, como dice el Apóstol (I Tim. 2, 14): *Adán no fue engañado, mas la mujer engañada fue causa de la prevaricación*. Así pues Eva pecó por ignorancia, pero Adán por malicia, porque no pecó engañado, sino pecó a ciencia y conciencia. Porque quien es engañado, evidentemente desconoce aquello en que consiente. Pedro empero delinquirió con flaqueza cuando negó a Cristo por miedo a la pregunta de la esclava; por esto lloró amarguísimamente después del pecado.

400. Más grave es el delinquir por flaqueza que por ignorancia, y más grave pecar de industria que por flaqueza. Peca de industria quien obra lo malo con empeño y deliberación del ánimo, mas peca por flaqueza quien delinque casual o precipitadamente. Pero más malamente y de industria pecan quienes, no sólo no viven bien, sino que en cuanto pueden apartar de la verdad a los que viven bien.

401. Porque hay quienes pecan por ignorancia y los hay que pecan a sabiendas. También hay quienes quieren no saber para ejecu-

tar lo ignorado y ser juzgados menos culpables; sin embargo, los tales no se inmunizan, antes se engañan a sí mismos.

402. El simple no saber corresponde a la ignorancia; pero el haber querido no saber es cosa de soberbia y contumacia. Porque ¿acaso es alguna otra cosa que pretender despreciar al Señor por soberbia querer no conocer la voluntad del mismo Señor? Ninguno pues se excuse de ignorancia, porque Dios juzga no sólo a los que se apartan de su conocimiento, sino también a los que no conocieron, como atestigua el mismo Señor por un Profeta (Sophon, 1, 3, 6): *Exterminaré de la tierra a los hombres... y a los que han dejado de seguir al Señor, y a los que al señor no buscan, ni procuran encontrarle*. Y un Salmo (78, 6) dice: *Descarga tu ira sobre las naciones que no te conocen*.

CAPITULO XVIII

De los pecados más leves

403. Muchos pueden llevar una vida sin crímenes, pero sin pecado no pueden tenerla. Pues por más que uno resplandezca en esta vida por una gran claridad de justicia, sin embargo nunca está tan purificado que carezca de manchas de pecados, atestiguándolo el Apóstol Juan (I Joan, I, 8), que dice: *Si dijéramos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos engañamos, y no hay verdad en nosotros*.

404. Hay algunos hechos parecidos a los pecados, pero si están puestos con intención buena, no son pecados. Por ejemplo: el poder, cuando se ejercita no por el apetito de venganza, sino más bien se castiga al reo con ánimo de corregirlo.

405. Asimismo hay unos pecados leves que los incipientes purgan con la satisfacción cotidiana; pero que los varones perfectos evitan como grandes crímenes. Y ¿qué deberán hacer los hombres con los grandes crímenes, cuando los perfectos lloran como gravísimos hasta los leves delitos?

406. No sólo deben precaverse los pecados graves, sino que también los leves. Porque muchos leves hacen uno grande; como vemos que de pequeñas y diminutas gotas se forman los caudalosos ríos. La abundancia numerosa reunida en un punto causa la abundancia desbordante.

407. Los pecados que en los principiantes son leves, júzganse graves en los varones perfectos.

408. Porque el pecado es tenido en tanto mayor, cuanto en mayor estima es tenido quien peca; pues aumenta la magnitud del delito en proporción de los méritos, y no pocas veces lo que se disimula en los menores, se acumula en los mayores imputándoselo.

CAPITULO XIX

De los pecados más graves

409. Por la experiencia de pecados pequeños se cometen pecados mayores, para que sean castigados con más dureza por grandes crímenes los que no quisieron corregirse de los pequeños. Y en el juicio divino contraen más reato de malicia quienes desprecian escudriñar sus hechos menores.

410. Muchos caen de un crimen en otro, como son los que tienen conocimiento de Dios y son descuidados en temerle; y con sus actos no veneran a quien conocen por ciencia. Por tanto son cegados por sentencia divina, para que cometan lo que ha de castigarse y en pena del crimen cometido añadan otro crimen peor.

411. Muchas veces un pecado es causa de otro pecado, el cual se comete cuando el uno nace del otro como si fuera su prole: así suele acontecer que de la demasiada hartura del vientre se engendre lujuria.

412. El pecado es admitido como pena del pecado, cuando en castigo de cualquier pecado, permitiéndolo Dios, se va a dar en otro pecado más malo, con el que más se manche quien lo admita. Por tanto el pecado que precede es causa del pecado siguiente, y el pecado siguiente es pena del precedente delito. Son pues los pecados precedentes causas de los crímenes siguientes, para que éstos que les siguen, sean pena de los que anteceden.

413. La pena de los pecados precedentes llámase endurecimiento que proviene de la justicia divina. De aquí procede el dicho del Profeta (Isa., 63, 17): *Endureciste nuestro corazón, de modo que perdiésemos tu santo temor*; porque en tanto que algunos son justos, no son empujados por Dios para que se hagan malos; pero cuando son ya

malos, son endurecidos para que sean peores; como dice el Apóstol (2 Thes. 2, 10): *Por no haber recibido y amado la verdad a fin de salvarse, por eso Dios les enviará* —o permitirá que obre en ellos el espíritu— *el artificio del error*. Dios pues hace que algunos pequen; mas son aquellos en quienes precedieron ya pecados tales que en el justo juicio de Dios merecen caer más hondo. Porque habiendo precedido otros pecados caen en tales otros en castigo merecido por aquellos.

414. Algunos pecados proceden de que Dios está enojado y están compensados por el demérito de otros pecados. Por lo que dice el Profeta (Isa., 64, 5): *Tú ahora estás enojado porque hemos pecado, en pecados estuvimos siempre*, como si dijera: porque siempre estuvimos en pecado, te has enojado, para que pecáramos más gravemente.

415. El prudente lector debe saber qué es merecer el enojo de Dios y qué provocarlo. Porque más grave es el enojo que se provoca, que el que se merece, ya que lo merecemos al pecar por ignorancia, y lo provocamos al saber obrar lo bueno y no querer.

416. Y mientras vivimos no podemos evitar el enojo de Dios. Temamos pues no sea que al sobrevenir el castigo del juicio, sólo podamos experimentarlo, pero no evitarlo.

CAPITULO XX

De los pecados públicos y de los ocultos

417. Mayor culpa es pecar manifiesta que ocultamente. Porque de dos maneras es reo quien descubiertamente peca, pues no sólo es actor, sino también maestro. De los tales dice Isaías (3, 9): *Como los de Sodoma, hacen alarde de su pecado, ni lo encubren*.

418. Porque muchos que pecan públicamente, alardean sin ningún pudor de sus crímenes, y no guardan ninguna vergüenza por el crimen.

419. Pues una como justicia es que el hombre esconda su malicia y que se ruborice interiormente de sus pecados.

420. El perpetrar un pecado es un crimen, pero enseñar el pecado es un clamoreo; de que dice también el Apóstol (Ephes., 4, 3):

Apártese de vosotros el clamoreo con toda malicia, es decir, con los mismos pecados.

421. Desde el momento mismo que alguno esconde el pecado que hace, ya da indicios de juicio, porque no se avergüenza sino por el reato de la conciencia. Luego por lo mismo que uno se ruboriza en su corazón, ya se ha constituido juez de si mismo.

CAPITULO XXI

Del afecto al pecado

422. Una cosa es no pecar por amor de dilección de Dios y otra por temor del castigo. Porque quien no peca por amor de la caridad de Dios, cuando se abraza con el bien de la justicia, aborrece todo lo malo y no lo deleita el pecado, aunque se le prometa la impunidad del crimen. Mas quien sólo por temor del castigo reprime sus vicios, aunque de hecho no de satisfacción al pecado, con todo en él vive la voluntad de pecar, y se duele de que no le es lícito lo que conoce que la ley prohíbe. Por tanto recibe recompensa de la obra buena el que la ejecuta por amor de la justicia; no empero el que la guarda contrariado y sólo por miedo de las penas.

423. Algunos aman el pecado y lo cometen; algunos otros sólo lo aman y no lo cometen; pero los más sólo lo cometen y no lo aman. Algunos otros no cometen el pecado y no obstante aborrecen la justicia. Pero quien no solamente ama el pecado, sino que lo comete, peca más gravemente que quien no lo comete y lo ama, y aún más gravemente quien lo ama y no lo comete que quien lo comete y odia. Lo más grave no es cometer el pecado, sino el amarlo.

424. Porque hay algunos que al momento de haber cometido un crimen quedan confusos, y otros hay que no sólo no se duelen de haber obrado mal, antes se vanaglorian de la misma acción mala. Y así por comparación de lo malo se hace peor, pues al congratularse de sus vicios, se enorgullecen para peor. De tales dice Salomón (Proverbios 2, 14): *Se gozan en el mal que han hecho, y hacen gala de su maldad.*

CAPITULO XXII

De la ocasión de pecar

425. A veces al ser malos, los somos más por necesidad que por voluntad. No obstante la necesidad del mal se ha de convertir en voluntad del bien. Muchos pecan, no por voluntad, sino por sola necesidad, temiendo la inopia temporal y mientras rehúyen la necesidad del tiempo presente, quedan privados de los bienes futuros.

428. Otros hay asimismo que cometen el pecado porque lo quieren; son malos sin estar empujados por necesidad alguna, sino que quieren ser malos sólo porque sí, pues ni siquiera aman aquello que apeteecen; se recrean tan sólo en la misma malicia del pecado.

CAPITULO XXII

Del hábito de pecar

427. Mejor es precaver el pecado que enmendarlo. Porque más fácilmente resistimos a un enemigo del que no hemos sido aún vencidos, que no a aquel de quien conocemos estar atados y vencidos.

428. Todo pecado, antes de ser admitido, es más temido. Mas en habiendo venido a ser costumbre, por grande que sea, se tiene por leve y se comete sin miedo alguno.

429. Por estos incentivos, como por unos grados, se desarrolla todo pecado: el mal pensamiento engendra la delectación; la delectación el consentimiento; el consentimiento la acción; la acción la costumbre; la costumbre la necesidad. Y así el hombre envuelto con estos lazos, está atado con una cadena de vicios, de tal modo que le es imposible desatarse de ella si no es que la gracia divina de la mano al que está caído en tierra.

430. Admitir un pecado es caer en un pozo; pero adquirir la costumbre de pecar es estrechar la boca del pozo para que no pueda salir quien haya caído. Pero algunas veces aun a los tales libra Dios, cuando conmuta la desesperación de ellos en conversión de libertad, porque compadeciéndose el mismo Dios se perdonan los pecados, y protegiendo El se verifica el que no se vaya a cosa peor pecando.

431. Malísimo es pecar, peor adquirir el hábito de pecar. De lo primero se huye fácilmente; de lo segundo, con trabajo, mientras se luce contra la costumbre mala.

432. Que la costumbre de obrar mal sea caer en un abismo lo asevera un Profeta. Por la costumbre, como si fuera una ley, está el hombre atado de tal suerte que hasta cuando no quiere, cometa pecado. Pero levantarse pronto de la caída es no ir al abismo.

433. Al apóstol dice que la ley del pecado está en nuestros miembros: esa ley es la costumbre que adquirimos pecando, y de la cual no nos alejamos cuando queremos, porque ya estamos retenidos por la costumbre con vínculos de necesidad.

434. Mucho obra en el hombre el amor de la verdad, pero la carne resiste por la ley de la mala costumbre; mas quien con valentía reprime en sí lo que insolentemente le combate alégrase con mucho valor por la buena conciencia.

435. Ha de precaverse pecar con frecuencia, pues aunque muchas veces Dios nos produce salvación de los males nuestros, cuanto es admirable, tanto es más raro. Por lo tanto debe temerse el confiar ser así salvos, no sea que mientras estamos en expectación de ser sanados de los vicios, de un lado multipliquemos los vicios y de otro no alcancemos salvación. Así pues cuidemos o de no caer, o de convertirnos pronto y levantarnos de la caída.

436. En absoluto hay que precaverse de pecar; pero si por la humana fragilidad se desliza un pecado, al punto ha de corregirse lo que se siente haber cometido inicua mente. Pues pronto se corrige la culpa que pronto se reconoce; y más tarda en sanar la llaga que se pone en cura después de mucho tiempo, cuando ya los miembros se pudren.

437. La repetición del pecado es más grave, como si una enfermedad viene sobre otra, o como si llueve sobre mojado.

438. La demora en el pecado acrecienta enormemente el crimen. Por esto dice el Profeta (Isa. 5, 18): *¡Ay de vosotros que arrastráis la iniquidad con las ruedas de la vanidad, y el pecado a manera de carro, del cual tiráis!* Porque arrastra la iniquidad como una soga quien tarda en convertirse a Dios, y arrastrar la iniquidad es hacer morada en la iniquidad. Por esto dice el Salmo (128, 3): *Por largo tiempo me hicieron sentir su injusticia, pero el Señor que es justo ha cortado la cabeza a los pecadores.*

CAPITULO XXIV

Del recuerdo de los pecados

439. Bueno le es al hombre tener siempre ante los ojos los propios pecados, según sentencia del Salmo 50, 4: *Delante de mí tengo siempre mi pecado*. Porque así como debe no recordarse el afecto del pecado, así es necesario que cada uno recuerde siempre su pecado para llorarlo.

440. En el justo el recuerdo del pecado engendra tedio. Pero los sometidos a la lujuria y a la concupiscencia hasta del mismo pecado de obra se envanecen con soberbia contumacia.

441. Para el siervo de Dios el recuerdo del pecado debe ser tanto que confiese siempre con lágrimas lo que hizo. Por lo cual dice el Salmo 31, 4, 5: *Revolcábame en mi miseria mientras tenía clavada la espina. Te manifesté mi delito, y dejé de ocultar mi injusticia. Confesaré, dije yo, contra mí mismo al Señor la injusticia mía*. Porque arriba había dicho: *Por haber yo callado, se consumieron todos mis huesos, dando alaridos todo el día*. ¿De qué pues, se arrepiente de haber callado, sino por no haber confesado sus pecados? Por tanto quien fue ocultador de sus pecados, es necesario que acuse arrepentido lo que con soberbia cometió mal.

CAPITULO XXV

Del pensamiento

442. Doble es la división del pecado, a saber, de obra y de pensamiento: una de ellas dicese iniquidad, cuando se hace por obra; otra llámase injusticia cuando se comete por pensamiento.

443. Mas primero ha de cortarse la obra, después el pensamiento; primero las malas obras, después los deseos. Porque indistintamente proceden las obras del pensamiento y los pensamientos de las obras; aunque sin embargo no será uno inocente de la malicia de los malos pensamientos por más que esté libre de las obras malas. De aquí por Isaías 1, 16, dice el Señor: *Apartad de mis ojos la malignidad de vuestros pensamientos*.

444. Porque no sólo delinquimos con los hechos, sino que también con los pensamientos, si cuando se nos ocurren ilícitamente nos deleitamos en ellos.

445. Como parece la víbora desgarrada por los hijos puestos en su vientre, así nos matan nuestros pensamientos alimentados en nuestro interior, y una vez concebidos nos consumen por el veneno viperino, y matan a nuestra alma hiriéndola cruelmente.

446. No está en nuestro arbitrio vernos preservados de las sugerencias de un mal pensamiento; pero el dar cabida en el alma al pensamiento, de nuestra voluntad depende. Por tanto lo primero no se imputa a culpa, lo segunda se imputa a culpa. Porque propio es del demonio el ponernos delante pensamientos ilícitos, pero el deleitarse con pensamientos perversos es nuestro.

447. Sucede no pocas veces que imágenes inmundas de cosas corpóreas que aprendimos se presentan a nuestra mente y pensamos en ellas aun no queriendo: cuanto mayor empeño ponemos en alejarlas de nuestra actividad mental, tanto más se ingieren ellas en el ánimo y se nos introducen a hurtadillas con obscenos movimientos. Pero esto es debido a la condición humana de mortal, que el primer hombre mereció en castigo de su pecado.

448. Mientras uno está prevenido por la divina iluminación, al punto es avisado por las molestias de los torpes pensamientos. Mas el servidor de Dios rechaza de sí con el temor del juicio divino los placeres de ellos, y arroja los pensamientos torpes contraponiendo pensamientos buenos.

449. Gran cuidado ha de ponerse en la guarda del corazón: porque él es fuente original de lo bueno y de lo malo; como está escrito (Math. 15, 19): *Del corazón es de donde nacen los malos pensamientos*. Y por lo mismo si desde luego resistimos al pensamiento malo, no incurriremos en la obra mala.

450. No hay que temer si en los pensamientos va revuelto lo bueno y lo malo; antes hay para gloriarse, mientras el alma por un acto razonable del entendimiento separe los buenos de los malos.

451. Así como de nada sirve que discernamos entre lo bueno y lo malo con más prudente sentir, si no nos precavemos de hecho contra lo malo conocido, o si no practicamos el bien aprendido.

CAPITULO XXVI

De la conciencia

452. Es humana condición, que turba la mente con diversas cosas viciosas, el que sufra ya por un desconocido apetito del ánimo, antes que las penas del infierno, las penas de la conciencia.

453. De todo podrá huir el hombre, menos de su corazón. Porque de sí no puede uno retirarse. Dondequiera vaya, la conciencia de su pecado no le abandona.

454. Aunque todo el que obra mal pueda esquivar los juicios humanos, sin embargo, de la propia conciencia no puede esconderse. A los demás oculta lo que hizo, pero no puede ocultarlo a sí, que conoció plenamente que era malo lo que hizo. Hay pues en él doble juicio, porque sufre aquí por el reato de su conciencia, y es condenado allí con pena eterna.

455. Esto, pues significa (Ps. 41, 8): *Un abismo llama a otro abismo, como el estampido con que se deshacen tus cataratas*. Puesto que llamar el abismo al abismo es ir del juicio de la propia conciencia al juicio de la condenación eterna. En el estampido de las cataratas, es decir: en la predicación de los santos.

CAPITULO XXVII

De la intención del alma

456. El ojo del hombre es la intención de sus actos. Por tanto si su intención es buena, también el acto de su intención es buena. Por el contrario el de la intención mala, aunque la obra tenga apariencia de que es buena, ya no lo es, sin embargo, porque por la intención o se aprueba por buena, o se reprueba por indigna. Es buena intención la que es por Dios; pero es mala la que busca lucro terrenal o vana gloria.

457. Quienes hacen una obra buena con intención no buena, más ciegos quedan de hecho en lo mismo por que habían podido quedar iluminados.

458. Haga cada uno con intención buena la obra buena que

hace; porque por la intención mala perdemos muchas veces la obra buena que hacemos y no estamos menos exentos de culpa.

459. Muchas veces lo que en el juicio humano parece bueno, en el juicio de un diligentísimo y agudísimo juez se descubre ser reprochable. Por esto todo justo teme no sea que el bien que practica sea reprobado en los ojos de Dios por alguna intención del alma.

CAPITULO XXVIII

De las sensaciones del cuerpo.

460. Por los sentidos corporales se desliza la enfermedad del alma. Por eso dice el Señor por el Profeta (Jer. 1, 15): *Yo convocaré todos los pueblos de los reinos del Norte: y vendrán y cada uno de ellos pondrá su pabellón a la entrada de las puertas de Jerusalén.* Los reinos del Aquilón o Norte son los vicios, que ponen su pabellón en las puertas, cuando por los sentidos corporales introducen mancha en el alma; y por esto reinan en las mismas puertas, es decir, en los mismos sentidos.

461. Porque no pecamos de otro modo sino viendo, oyendo, oliendo, gustando y tocando. Por lo cual se dice en otro lugar (Jer. 9, 21): *La muerte ha subido por nuestras ventanas.* Y en otra parte (Abdi, II): *Los extranjeros entraban en sus ciudades y echaban suertes sobre Jerusalén.* Porque extranjeros son los espíritus inmundos, los que como por unas puertas se deslizan por los sentidos corporales en el alma y con halagos la vencen.

CAPITULO XXIV

De la conversación.

462. Si no evitamos los pequeños vicios de las palabras, resbalamos en un gran crimen de lengua; y si cometemos deliberadamente y sin miedo algunos hechos no graves, caemos en otros más importantes y en la horrenda costumbre de pecar.

463. Así como la estulticia de los charlatanes es reprendida frecuentemente, así también el demasiado callar se nota de vicio. Porque aquellos, soltando mucho la lengua, dan en el escollo de la liviandad, éstos, con callar demasiado, no son útiles.

464. Los no peritos, así como no saben hablar, así no pueden callar. Porque sin enseñanza del entendimiento, locuaces, hacen ruido con las palabras y no dicen nada digno.

465. Tanto como los proficientes temen los crímenes de falsedad, tanto los varones perfectos evitan las palabras ociosas. Porque como dijo uno: Así como se da cuenta de una palabra ociosa, así se castiga con pena la palabra injusta.

466. Palabras vanas no deben haberlas en boca de cristianos. Pues al modo que los buenos discursos corrigen las malas costumbres, así los malos corrompen las buenas.

467. Pónese guarda a la boca cuando cada uno confiesa que es, no justo, sino pecador, que es más verdad.

468. Mano pone sobre la lengua quien con obras buenas tapa los excesos de la lengua. Mano pone sobre la boca quien tapa con velo de bien obrar las culpas de mal hablar.

469. Quien habla las cosas pertinentes a Dios y no las hace, aunque para sí es inútil, no obstante es provechoso a los oyentes.

470. Quienes afectan alabarse de sabios, oigan al Profeta (Isa. V, 21) que habla: *¡Ay de vosotros los que os tenéis por sabios en vuestros ojos, y por prudentes allá en vuestro interior!* Rectamente habla por sentencia quien siente el gusto del interno sabor de la verdadera sabiduría. Que de sentir dícese sentencia. Y por esto, los arrogantes que hablan sin humildad, hablan sólo por ciencia, no por experiencia.

471. Pues aquel sabe y gusta que gusta bien y según Dios.

472. Para vergüenza propia hablan los doctores, si en tanto que con sabiduría han dicho las cosas, las dicen con demasiada elocuencia. Porque la sabiduría se horroriza de la espumosa redundancia de palabras y del humo de la mundana elocuencia sobreadornada con ampulosas palabras.

473. Algunos curiosos deleitanse oyendo a cualesquiera sabios, no para buscar de ellos la verdad, sino por conocer la facundia de lenguaje de ellos, a estilo de los poetas, quienes buscan más la armoniosa composición de las palabras que la sentencia expositiva de la verdad.

474. De cuatro maneras es el razonamiento del discurso, pues es de prever qué, a quién, cuándo y en qué forma se diga.

475. Asimismo de cuatro maneras es la forma de decir: bien diciendo bellamente lo que bellamente se siente; bien no diciendo nada porque nada se siente, o haciendo ostentación de locuacidad sintiendo poco o diciendo sin elegancia lo que se siente y entiende óptimamente.

476. Porque habla bien de lo bueno quien con humildad aparece anunciando lo que es recto. Mal habla de lo malo quien trata de persuadir un crimen. De lo bueno habla mal quien se ve que predica con arrogancia alguna cosa recta. De lo malo habla bien quien tratando de algún vicio lo detesta, para que los hombres se alejen de él.

477. Habla bien con el corazón quien no simula caridad. Habla bien con la boca quien anuncia la verdad. Habla bien con las obras quien edifica a los prójimos con buenos ejemplos.

478. Habla mal con el corazón quien piensa y medita interiormente pensamientos dañinos. Habla mal con la lengua quien es castigado por lo malo que hace y murmura quejándose. Habla mal con las obras quien viviendo mal, con sus ejemplos enseña a otros para mal proceder.

479. Habla bien una vez quien se reprende arrepentido. Habla bien dos veces quien viviendo bien instruye a los demás.

480. Habla mal una vez quien después del vicio se corrige pronto. Habla mal dos veces quien vive mal y enseña lo malo. También habla mal dos veces quien piensa mal y refiere los malos pensamientos. También habla mal dos veces quien no hizo el bien que debió y cometió lo malo que no debía hacer.

481. Los malos responden con males y con molestias por los bienes y por las atenciones más finas. Los buenos corresponden con bienes por los males y con prosperidad por las contrariedades.

482. Contra los dicterios de la lengua hay que presentar la fortaleza de la paciencia, para que la tentación de la palabra, que ataca por fuera, se retire vencida por la virtud fuerte de la tolerancia.

483. No todo el que sufre oprobios es justo, sino el que siendo inocente padece por causa de la verdad; ése es justo y no otro.

484. En medio de los vituperios y oprobios de los hombres el alma justa se hace fuerte con este remedio: que tanto más sólidamente esté fija en Dios interiormente, cuanto más despreciada se vea exteriormente en los sentires humanos.

485. Quien con ánimo comunica las injurias que se le han inferido, abre el dolor del corazón y con facilidad arroja el veneno que está hirviendo en el ánimo.

486. Porque las heridas del alma descubiertas se curan pronto; cerradas atormentan demasiado.

487. Quien con pecho cerrado tapa el dolor de la injuria, cuanto más reprima la lengua con el silencio, tanto más nutre interiormente un dolor más acre. Por tanto dijo verdad un poeta gentil: "El fuego cuanto más cubierto, tanto más abrasa". La herida no abierta es dolorosa y duradera, porque vive escondida en lo interior.

CAPITULO XXX

De la mentira

488. Los mentirosos consiguen no ser creídos aun cuando dicen verdad. Porque la mucha falsedad hace con frecuencia a un hombre sospechoso hasta en la verdad.

489. Quien dirá falsedades, muchas veces adelanta algunas verdades a fin de que tan luego como haya adquirido crédito, haga crédulos a los oyentes de las restantes mentiras.

490. A muchos lo que es falso parece ser verdad; y a causa de esto hablan mentira, no por cuenta de Dios, sino por cuenta propia.

491. Algunas veces la falsedad anda mezclada con la verdad, y hasta las más veces comienza por verdad el que compone falsedades.

492. Ocúltanse frecuentemente los venenos envueltos con miel de palabras y el engañador simula la verdad por tanto tiempo, cuanto necesita para engañar mintiendo. A veces es peor meditar la mentira que hablarla, porque algún incauto suele decir de vez en cuando una mentira por precipitación: pero el meditar la mentira no es posible más que por empeño. Luego es manifiesto que es más grave el mentir por empeño que el mentir sólo por precipitación.

493. Con sumo cuidado hay que guardarse de toda mentira; por más que algunas veces haya una clase de mentiras más leves de culpa, como cuanto uno miente por favorecer la salud de lo hombres. Pero como está escrito (Sap. 1, 11): *La boca mentirosa de muerte al alma*, y (Ps. 5, 7): *Tú perderás a todos aquellos que hablan mentira*; tam-

bién esta clase de mentiras la huyen muy cuidadosamente los varones perfectos: de modo que ni para defender la vida de alguien emplean falacia, por no dañar a la propia alma mientras están ocupados en favorecer la vida corporal ajena. Aunque creemos que esta clase de pecado se perdona con suma facilidad. Porque si cualquiera culpa se purga mediante la pena siguiente, ¿cuánto más fácilmente se limpiará ésta al ir acompañada de la misma pena?

494. Muchas mentiras dicen y fingen los hombres con motivo de las humanas alabanzas, y así sucede que éstos perecen mintiendo, y a los que alaban guíanlos al abismo de la vanagloria.

495. Así como el que tiene tranquilidad de conciencia no teme los ultrajes de la lengua, así el que de otro es alabado no debe poner atención al error de la ajena alabanza; sino cada uno busque más el testimonio de su conciencia, a la que está él más presente que quien le alaba.

496. *Examine cada uno sus propias obras*, como dice el Apóstol (Gal. 6, 11), y *así tendrá motivo de gloriarse en sí mismo solamente y no respecto de otro*, es decir en lo oculto de su conciencia, no en la pública alabanza ajena.

497. Los perfectos, que están profundamente arraigados, aunque se tuerzan un poco al empuje del soplo elogioso y del vituperio por el ímpetu de los vientos, no quedan del todo caídos en el suelo, sino que por la firmeza de la raíz pronto vuelven a su posición.

498. El alma buena no se entrega al mal ni por premios ni por amenazas. Porque los inicuos mezclan el terror con los halagos, para engañar a alguno con blanduras o quebrantarle con terrores.

499. El que es alabado queda inscrito en el corazón de los oyentes; dado que sea alabado de veras y no fingidamente, es decir, si son verdaderas las cosas de él contadas.

CAPITULO XXXI

Del juramento

500. Como no puede mentir quien no habla, así no puede perjurar quien no quiere jurar. Hay pues que precaver el juramento y no ha de usarse más que en caso de necesidad.